



SER REFERENTE COEDUCATIVO


Para que una madre, un padre, una abuela o un tío eduque a una persona pequeña, no tiene que hacer nada especial. Solo con ser esa figura de referencia, solo con estar ahí, solo relacionarse con la niña o el niño, ya le está educando. Es decir, la función educativa que nos propicia ser referente para nuestra infancia es algo incuestionable, de lo que no podemos huir aunque queramos.

Al asumir que, queramos o no, somos referentes adultos que educamos a la infancia y adolescencia, la pregunta es: ¿qué tenemos que hacer para educarlos en igualdad? La respuesta es más intuitiva de lo que podamos pensar. Veamos varios ejemplos:

- ★ “Quiero que mi hijo crezca asumiendo que los trabajos de cuidados son una responsabilidad compartida entre mujeres y hombres”.
- ★ “Quiero que mi hija entienda lo importante que es para las mujeres saber decir lo que sienten y piensan”.
- ★ “Quiero educar a mis hijos en la resolución no violenta de los conflictos, en la importancia de la escucha, saber argumentar y no gritar”.
- ★ “Quiero que mi hija no esté a disgusto con su cuerpo y entienda que todos los cuerpos son bonitos, que no pasa nada por no ser delgada”.
- ★ “Quiero que mi hijo tenga relaciones sexuales seguras y trate bien a sus parejas, esté informado de cómo prevenir embarazos e Infecciones de Transmisión Sexual (ITS)”.

Para estos propósitos no hay fórmulas mágicas, pero el movimiento se demuestra andando. Para inculcar a un niño que barrer también es cosa de hombres, no solo tiene que escucharlo de la boca de sus mayores, sino que tiene que verlo y vivirlo en su entorno.

Con el resto de situaciones la educación actúa parecido. Para que una niña entienda que es importante que las mujeres digan cómo se sienten y expresen su opinión, tienen que ver a su madre (o a su tía, o a su abuela) ser capaces de hacerlo. Si queremos que aprendan a resolver los conflictos de manera no violenta, tendremos que empezar por preguntarnos cómo hablamos a nuestros hijos, cómo nos ven resolver nuestros propios conflictos.



Si queremos que nuestra hija valore su cuerpo, nos tendremos que preguntar primero cómo nos percibe ella en relación a nuestro propio cuerpo, o qué mensajes (conscientes o inconscientes) se nos escapan sobre nuestro cuerpo o el cuerpo de otras personas. Y terminando con el último ejemplo: para fomentar que un adolescente trate bien a sus parejas chicas, resulta imprescindible que en casa vea que a las mujeres se las trata bien, que se habla con respeto, que estos temas se tratan con normalidad.

Por todo ello, podemos concluir que educar en igualdad comienza poniendo en práctica esa igualdad en nuestro propio hogar. No es una tarea fácil y cometeremos errores más de una vez. Pero solo con poner atención a estos temas en nuestras actitudes, comportamientos y palabras, ya habremos hecho gran parte del camino.

La educación incluye aprender a sentir, a vivir, a relacionarnos, a expresarnos, a resolver nuestros conflictos, a poder elegir, a escuchar, a ser escuchadas y escuchados, a ganar autonomía, a saber respetar. Bajo este prisma, el punto de partida es fundamental: la educación es una relación, pero no una relación cualquiera, entre las personas adultas y las pequeñas. Las adultas somos un referente de autoridad. No de autoritarismo ni de poder, pero sí de una autoridad que guía, marca límites, infunde respeto y confianza. En esta relación, la figura de autoridad es un modelo, alguien en quien niñas, niños y peques con otras identidades de género se inspiran, imitan, de quien aprenden.


LA MIRADA CRÍTICA Y EL HUMOR

¿Dejamos a nuestras hijas ver Blancanieves y la Cenicienta aunque sean modelos de mujeres y hombres sexistas y estereotipados? ¿Permitimos que nuestros hijos adolescentes escuchen reggaeton o trap, donde abundan las palabras vejatorias sobre las mujeres y se transmiten modelos de relación tremendamente tóxicos?

En la tarea de coeducar, hay un ejercicio que resulta imprescindible: la capacidad de mirar la realidad con ojo crítico. Para evitar que las generaciones más pequeñas no reproduzcan el sexismo que se transmite a diario y de manera masiva a través de diferentes canales de socialización (como la televisión, la publicidad, la literatura o la música), no se trata de que la infancia o la adolescencia no esté en contacto con esos mensajes. Se trata, más bien, de que aprendan a descifrar y entender los mensajes que les llegan.

Incluso en edades muy tempranas, niñas, niños y peques con otras identidades de género, son capaces de identificar los roles y estereotipos que transmiten los relatos de ficción, cuestionarlos e incluso reírse de ellos.

Por eso, más allá de prohibir o de intentar evitar el contacto con los mensajes que consideramos perjudiciales para su educación, resulta más útil (y divertido) dotarlos de



herramientas para cuestionarlo. Podemos ver las películas en familia, interesarnos por su música, preguntar qué cosas les motivan e inculcar una mirada crítica.

Aprender a hacerse preguntas, saber analizar los mensajes, reflexionar si esos mensajes son o no válidos para la propia experiencia, y buscar otros que se adapten mejor a la realidad son herramientas educativas muy útiles. No desde el sermón materno o paterno, sino desde el compartir momentos familiares que, además, sean placenteros y valiosos.

Esta mirada crítica puede ir de la mano de un compañero de viaje indispensable: el humor. Recurrir a la ironía, a los chistes, a la exageración, a la caricatura, a la creación de mensajes alternativos, aunque sean disparatados, es un valor seguro.

¿Por qué no jugar con tu hija a que tú eres Blancanieves y cuando se acerca el príncipe a darle un beso casi le da un infarto porque no sabe quién es ese señor? ¿Por qué no convertir al príncipe de Cenicienta en un pobre lánguido que se desmaya con una aguja de coser? Y con adolescentes: ¿por qué no jugamos a cambiar de sexo a sus cantantes a ver qué efecto les causa? Seguro que la risa es un buen elemento para empezar a reflexionar.

MODELOS DESEABLES


Otro recurso que nos puede ser útil a la hora de coeducar es visibilizar modelos de masculinidad, feminidad, de relación o de resolución de conflictos que sean deseables. La mirada crítica no es por sí misma suficiente para imaginar nuevos modelos y representaciones.

Un ejemplo: vemos con nuestro hijo adolescente *A tres metros sobre el cielo*, una película que relata el amor adolescente entre el modelo de chico malote y la niña sumisa. Un *Grease* del siglo XXI que transmite todo el ideario de estereotipos tradicionales y sexistas acerca de la masculinidad y feminidad, así como de las relaciones de pareja.

En este ejemplo, el análisis crítico nos sirve para desmenuzar las actitudes y comportamientos de la pareja protagonista: ¿nos gusta? ¿Se corresponde con la realidad? ¿Qué tipo de relación tienen? ¿Por qué se valora al chico malote que trata mal a la chica que le gusta? Sin embargo, este análisis no es suficiente.

En los relatos culturales faltan modelos de una masculinidad diferente, otra forma de ser chico que sea deseable. Igual que faltan representaciones de chicas menos estereotipadas y cuyo interés principal en la vida no sea encontrar a su media naranja. Igual que faltan personas trans, figuras LGBTQ+.

Asimismo, faltan modelos para que la infancia y adolescencia se proyecte y aprenda a relacionarse de manera positiva, a resolver sus conflictos de manera asertiva. Algo que podríamos abordar desde nuestros hogares para ampliar sus imaginarios.



Esto no quiere decir que en nuestro hogar tengamos que ser modelos de todas esas representaciones, algo imposible de llevar a cabo. Lo que sí podemos hacer es hablar de esos modelos, darles valor, visibilizarlos, buscarlos en relatos de ficción, ponerlos como ejemplo en personas que conocemos, etc. De alguna forma u otra, siempre podemos en el día a día abrir el abanico de representaciones y ofrecer modelos deseables de equidad, diversidad y convivencia.